

José Rubén Romero Galván

“Fray Bernardino de Sahagún y la *Historia General de las cosas de Nueva España*”

p. 29-39

Bernardino de Sahagún: quinientos años de presencia

Miguel León-Portilla (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2002

280 p.

(Serie de Cultura Náhuatl. Monografías 25)

ISBN 968-36-9920-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/393/quinientos_sahagun.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN Y LA *HISTORIA GENERAL DE LAS COSAS DE NUEVA ESPAÑA*

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

En 1529 llegó a la Nueva España —a las playas de Veracruz, para ser más precisos—, la segunda barcada de frailes franciscanos, bajo la conducción de fray Antonio de Ciudad Rodrigo. La selección de quienes componían el grupo había sido cuidadosa. Se observaron las características de los candidatos, quienes debían ser fuertes de cuerpo, robustos en la fe, nutridos en su celo apostólico. Entre esos varones venía uno, el que nos interesa, fray Bernardino de Sahagún.

Hacía apenas ocho años que la conquista había comenzado a dar frutos. Hacía ocho años que la orgullosa ciudad de México Tenochtitlan había capitulado, la noche lluviosa del 13 de agosto de 1521, después de un prolongado sitio. Tal acontecimiento había marcado un hito de trascendencia incuestionable en la historia de estas tierras. La dominación española, la creación de un reino que comenzó a ser llamado Nueva España, se dio acompañada por la intención de convertir a los naturales de estas tierras a la religión de Cristo. Ya Cortés, en su segunda Carta de Relación, pedía al monarca que enviase a estas partes hombres de religión, preferentemente de órdenes mendicantes —franciscanos, dominicos, agustinos— a fin de que se hicieran cargo de una empresa tan delicada como lo era la otra conquista, la de las almas de los gentiles que aquí habitaban, misma que debía realizarse con las armas que la fe pusiera en sus manos.

Cuando llegó a Nueva España la barcada a que nos hemos referido, ya habían pasado cinco años del arribo de los primeros doce franciscanos, bajo la dirección de fray Martín de Valencia. Desde hacía, pues, cinco años, el naciente reino vivía un complejo proceso de evangelización. La tierra antes enseñoreada por las antiguas deidades, cuyos habitantes habían pensado el universo estructurado con base en un tiempo y un espacio teñidos de sacralidad, se había convertido en tierra de misión.

Aquellos religiosos que recién llegaban se integraban a una misión cuya realización había sido ya puesta en marcha por algunos de sus hermanos venidos con anterioridad a estas tierras; era una labor no sólo de acercamiento a la cultura sino un intento de verdadera comprensión. Prueba de ello son los trabajos de fray Toribio de Benavente “Motolinía” o de fray Andrés de Olmos, hoy perdidos. Por supuesto a este acercamiento, a esta comprensión de la cultura indígena, correspondía la necesidad de aprender la lengua de los naturales. Ello les permitía verter de una lengua a otra las verdades esenciales de la religión y administrar los sacramentos más urgentes.

Si la evangelización fue un proceso, la idea que los misioneros tenían de ella lo fue también. A medida que el siglo XVI avanzaba, los religiosos se daban cuenta de que la empresa evangelizadora no había dado los frutos deseados, que la idolatría no estaba del todo desarraigada. Fue la época en la que algunos misioneros se dieron a la tarea de conocer y explicar la realidad indígena de manera más sistemática. Uno de ellos fue precisamente fray Bernardino de Sahagún.

Fray Bernardino de Sahagún, fraile franciscano

Originario del Reino de León, se dice que nació en 1499, de una familia de judíos conversos,¹ que llevó en el mundo el nombre de Bernardino de Riveira y que asistió a la Universidad de Salamanca. Lo cierto es que el haber sido alumno de esta universidad implica su pertenencia a una familia si no noble, acomodada,² poseedora de los medios necesarios para sufragar los gastos que significaba la asistencia de uno de sus miembros a una institución como lo era dicha universidad.

No deja de ser sugerente el hecho de que el nacimiento de fray Bernardino de Sahagún ocurriera casi al término del siglo XV. Para entonces, hacía ya al menos siete años de aquel 12 de octubre en que Colón diera con las tierras americanas y se iniciara el complejo proceso que significó el descubrimiento, la conquista y la colonización del nuevo continente. Siendo así, Sahagún habría llegado al uso de la razón cuando, suponemos, América había dado ya pasos firmes para incorporarse a la conciencia que del mundo poseían los

¹ Garibay K, “Proemio general”, t. I, p. 21.

² León-Portilla, *Bernardino de Sahagún. Pionero de...*, p. 30.

hombres del pueblo en Europa. Nuestro personaje vivió, pues, en un mundo que recién se había rehecho en la conciencia de los europeos. América debió ser para él esa otra parte del mundo donde ya se formaban los nuevos reinos del naciente imperio español.

Andando el tiempo ingresó a la Orden de San Francisco, en la que profesó y fue ordenado sacerdote. Es seguro que, entre los muros del convento, Sahagún se distinguiera no sólo por su inteligencia y su formación humanística, sino también por sus virtudes. Tales características seguramente le valieron de mucho para que se fijara en él fray Antonio de Ciudad Rodrigo cuando durante su viaje a España se ocupaba de seleccionar a los jóvenes religiosos que debían pasar a las Indias para incorporarse a las tareas de la evangelización.

Fray Bernardino de Sahagún debió ser un hombre de gran sensibilidad, fino observador de la realidad que lo rodeaba. Podemos suponer que tales características se afinaron con su travesía hacia la Nueva España, ciertamente aventurada como eran todos los viajes trasatlánticos en aquella época. Podemos imaginar las sorpresas que el alma del franciscano debió resentir cuando desembarcó en tierras del Nuevo Mundo, tan distintas de las que había dejado más allá del mar.

Su rápido paso por Veracruz, su ascenso por la sierra de altas montañas hasta el altiplano, debieron también haber impactado el fino espíritu de fray Bernardino. En ese recorrido sin duda descubrió ya algo de los hombres a cuya salvación dedicaría el resto de su vida con gran denuedo.

Llegado a las tierras altas, habría descubierto con asombro aquello que ya de oídas había conocido: las altas montañas perennemente nevadas y los lagos del valle donde se había refundado la ciudad de México, ya por ese entonces capital del reino de la Nueva España.

Estaba escrito en la Regla de su instituto religioso que los frailes debían cambiar su residencia de un convento a otro en intervalos que correspondían a los Capítulos de la Provincia a la que pertenecían, en el caso de Sahagún la del Santo Evangelio, que era cuando los frailes eran asignados, por acuerdo de quienes participaban en el Capítulo, a otros conventos distintos a aquel en el que vivían.

Indudablemente estos continuos desplazamientos debieron permitir al fraile franciscano trabar contacto cada vez más estrecho con la realidad indígena. Movidó tanto por su celo apostólico como por una necesidad, cada vez más clara, de comprender desde dentro la cultura de aquellos que eran objeto de su labor evangelizadora, fue

que en esta época Sahagún inició la tarea de aprender el náhuatl, la lengua de los naturales de esas regiones.

De los sitios en los que vivió y trabajó con tanto empeño en las labores de evangelización, sólo retendremos aquellos que consideramos los más significativos y trascendentes para la obra que realizaría tiempo después.

En 1536 abrió sus puertas solemnemente el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. En dicha institución, cuya finalidad, bien se sabe, era la formación de jóvenes indígenas, nobles sobre todo, los alumnos debían aprender no sólo religión, sino a leer y a escribir tanto el náhuatl como el español, además del latín y lo más esencial de la cultura europea. Fray Bernardino de Sahagún tomó parte en dicha empresa y es bien conocido que se ocupó de la enseñanza del latín. Allí debió trabar contacto, a través de sus alumnos, quienes se habían formado también según las antiguas tradiciones de la cultura prehispánica, con elementos sustanciales e importantes de la misma.³

Podemos dar por un hecho que, ya por entonces, Sahagún debía conocer con importante adelanto la lengua náhuatl, pues fue cuando se dio a la tarea de componer un sermionario en esa lengua. Las piezas que lo conformaban, además de ser prueba del manejo de la lengua que le era propio, eran producto de sus inquietudes por difundir mejor el Evangelio entre los indígenas. Fue también el tiempo en que nacieron vínculos con algunos de sus alumnos, quienes después serían piezas importantes en la elaboración de sus ulteriores trabajos.

Poseemos poca información de su paso por algunos conventos del valle de Puebla, pero podemos suponer, dadas las muestras de interés que ya había dado, que en esas estancias siguió adentrándose en el conocimiento de la lengua y la cultura de los naturales.

Durante una segunda estadía en Tlatelolco reunió oraciones, exhortaciones y metáforas en náhuatl. Se puede pensar que a esta época correspondió el perfeccionamiento de su dominio del náhuatl, pues tales piezas tenían como característica principal la elegancia y la sutileza del lenguaje. Es un hecho que el conocimiento de tales discursos debió poner a Sahagún en contacto con una gran cantidad de elementos propios de la cultura de los naturales, contenidos en tales piezas.

Después de un intervalo en el que fue guardián del convento de Xochimilco, además de encargarse de otras tareas —entre ellas

³ La obra ya citada de Miguel León-Portilla analiza con sumo cuidado las diferentes etapas de la elaboración de la obra de fray Bernardino de Sahagún, a ella remitimos al lector.

el ser visitador de la Custodia de Michoacán—, Sahagún regresó a Tlatelolco. Durante esta estancia se ocupó de recopilar, de boca de los indígenas, datos referentes a la historia de la conquista. Dichos testimonios conformaron el primer *corpus* de información respecto de tal acontecimiento desde la perspectiva de los vencidos. Fue esta época en la que se dio también a la tarea de reunir himnos con los que los indígenas solían, en tiempos de su gentilidad, honrar a sus dioses. Estas piezas retóricas eran consideradas particularmente peligrosas, pues constituían verdaderos resabios, ciertamente importantes, de la antigua religión. Tanto los recuerdos de la violenta conquista como los himnos sacros eran sin duda algunos elementos peligrosos para la buena marcha de la obra evangelizadora, pues los primeros refrescaban las vivencias de tan traumático acontecimiento, mientras los segundos recordaban algo de la religión que había sido, durante muchos siglos, el eje existencial de los pueblos de estas regiones. Podemos suponer que por ello fray Bernardino habrá tenido que enfrentar no pocas críticas de sus hermanos de Orden.

Fray Francisco de Toral, quien fue electo Provincial en 1558, conocedor del interés de Sahagún por la cultura de los antiguos habitantes del Altiplano y sin duda preocupado por los inciertos avances de la obra misional en la región, ordenó a fray Bernardino se dispusiera a escribir una obra en la que diera cuenta de la antigua cultura. La utilidad de dicha obra sería el permitir a los misioneros avanzar con paso seguro en los trabajos de la evangelización. Era necesario que conocieran la naturaleza de aquello que querían transformar. Sahagún mismo expresaría tal intención años después en el prólogo de su obra:

El médico no puede acertadamente aplicar las medecinas al enfermo sin que primero conozca de qué humor o de qué causa proviene la enfermedad, de manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medecinas y en el de las enfermedades, para aplicar convenientemente a cada enfermedad la medicina contraria. Los predicadores y confesores, médicos son de las ánimas; para curar las enfermedades espirituales conviene tengan esperitía de las medecinas y de las enfermedades espirituales, el predicador de los vicios de la república para enderezar contra ellos su doctrina, y el confesor para saber preguntar lo que conviene y entender lo que dixesen tocante a su oficio, conviene mucho que sepan lo necesario para ejercitar sus oficios...⁴

⁴ HG, Prólogo, v. I, p.31.

A fin de cumplir de la mejor manera con el encargo recibido, Sahagún se dio a la tarea de componer una serie de minutas. En ellas estaba ya presente el orden del esquema que regiría después la obra que dejó para la posteridad.

Fue en Tepepulco donde el franciscano comenzó a recoger, con base en las minutas que había preparado, la información que sería fundamental en la elaboración de su ulterior trabajo. Con él colaboraron cuatro de sus antiguos alumnos del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco:

El principal y más sabio fue Antonio Valeriano, vecino de Azcapuzcalco; otro, poco menos que éste, fue Alonso Vegerano, vecino de Cuauhtitlan; otro fue Martín Jacobita, del que arriba hice mención. Otro, Pedro de San Buenaventura, vecino de Cuauhtitlan; todos expertos en tres lenguas: latina, española y india.⁵

Los cuestionarios, aplicados con la ayuda de estos colegiales, fueron contestados por diez o doce ancianos de Tepepulco que el propio franciscano reunió, entre los que se contaba don Antonio de Mendoza, “hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas y aun idolátricas”.⁶ Fruto de esta primera etapa de trabajo lo constituyen los llamados *Primeros Memoriales*, formados por textos acompañados de ilustraciones.

Después de Tepepulco, Sahagún fue otra vez a Tlatelolco. Allí tuvo la oportunidad de enriquecer sus materiales, confrontándolos con la información que pudo obtener de los viejos de ese señorío. De esta época provienen los *Códices Matritenses*.

Fray Bernardino fue asignado después al convento de San Francisco de México. En él tuvo oportunidad de repensar, perfeccionar y poner a punto el esquema que debía regir la exposición de los ricos materiales reunidos hasta entonces. Sin lugar a dudas, la soledad del convento fue propicia para que su obra tomara cuerpo. Allí comienza a pasar en limpio los materiales.

El cuidadoso franciscano nos dejó también los nombres de aquellos que colaboraron con él “sacando en buena letra” su obra, cosa bien necesaria, pues ya por entonces padecía un mal que le hacía temblar permanentemente el pulso, afección que hacía imposible que él mismo se ocupara de tal empresa. Quienes de ella se encar-

⁵ HG, Prólogo, Lib. II, p.79.

⁶ HG, p.77.

garon fueron: “Diego de Grado, vecino de Tlatelolco, del barrio de la Concepción; Bonifacio Maximiliano, vecino de Tlatelolco, del barrio de Sanct Martín; Mateo Severino, vecino de Xochimilco, de la parte de Ullac”.⁷

La adversidad se hizo presente y afectó el buen desarrollo de los trabajos de Sahagún. En opinión de algunos de sus hermanos de Orden, el uso de amanuenses obraba contra el carisma propio de la familia de San Francisco, la pobreza. Le fue entonces prohibido el uso de escribientes, lo que imposibilitaba la conclusión de los trabajos que se encontraban ya avanzados. Acto seguido se ordenó la dispersión de sus papeles por los conventos de la Provincia, acaso esperando que la información en ellos contenida sirviera en algo a los fines con los cuales se elaboraba la obra, esto es, poner al alcance de los misioneros los conocimientos necesarios para plantar la fe de Cristo en la sementera agreste de la realidad indígena, aún anclada en la gentilidad.

El temperamento del franciscano no permitió que tales avatares interrumpieran la elaboración de una obra considerada fundamental para la buena marcha de la trascendente misión que dotaba de sentido a la presencia de la Orden de San Francisco en estas regiones. Fue así que Sahagún logró que fueran pasados en limpio un *Sumario*, que envió a España a fin de mover en su favor el ánimo del monarca, y un *Breve compendio*, mismo que logró que llegara a Roma para ser presentado al Sumo Pontífice. “Después de algunos años, volviendo de Capítulo General el padre Miguel Navarro, el cual vino por Comisario destas partes, en censuras volvió a recoger los dichos libros a petición del autor”.⁸ Faltaba entonces que Sahagún se hiciera de los medios para terminar de pasar en limpio su obra y ponerla así a punto. No fue sino hasta que llegó a la Nueva España fray Rodrigo de Sequera, Comisario General, quien proveyó todo lo necesario, que la obra pudo ser continuada y terminada.

Por 1577 concluyó su obra. El resultado fue un bello manuscrito en dos columnas, una en lengua náhuatl, otra en español, con un gran número de ilustraciones, de extraordinaria factura, alusivas a lo relatado en el texto.

La obra final quedó ordenada en doce libros, cada uno de los cuales contenía capítulos y párrafos. Con ello, los temas tratados se dividían y subdividían, haciendo con todos ellos un conjunto caracterizado por una evidente coherencia.

⁷ HG, p.79.

⁸ HG, p.80.

El manuscrito fue enviado a España, de donde pasó a Italia, como un regalo de bodas que el rey hizo a unos príncipes. Fue así como llegó al repositorio que actualmente lo guarda, la Biblioteca Medicea de Florencia, de donde tomó el nombre de *Códice Florentino* con el que actualmente se le conoce. La obra que conocemos como *Historia general de las cosas de Nueva España* no es sino la parte del manuscrito que fue redactada en español y que corresponde, con no pocas variantes, a lo escrito en lengua náhuatl.

Fray Bernardino de Sahagún murió en 1590 en el convento de San Francisco, de la ciudad de México, cuyo templo guardó sus restos.

La Historia general de las cosas de Nueva España

Sería en extremo difícil hablar de la obra de Sahagún sin hacer referencia a los flujos de pensamiento que en ella se unen y le dan sentido. Siendo su autor un humanista de su tiempo, formado en la Universidad de Salamanca, no es en nada extraño percibir en ella la presencia de los autores europeos —clásicos, medievales y renacentistas—, pilares de la cultura de la época. El atento lector puede muy bien percatarse de tales influencias a lo largo de la obra del franciscano.

Una de las primeras características que nos ponen en contacto con la formación de Sahagún es el orden que dio a los temas que aborda en su obra. Comienza tratando lo concerniente a los seres superiores y sutiles para descender hasta los elementos de la realidad considerados inferiores. Esta manera de explicar la totalidad de lo que rodea al hombre estaba sólidamente anclada en la cultura de Occidente, pues ya en las obras de Aristóteles se hacía referencia a tal forma de ordenamiento y en la *Historia* de Plinio el joven había encontrado una expresión acabada.

Los doce libros que componen la *Historia general* bien podrían ordenarse en varias partes o secciones. La inicial se compondría de los tres primeros, que tratan sucesivamente de los dioses, del calendario, las fiestas y las ceremonias y del origen de los dioses. Los tres se refieren, por su contenido, de una u otra manera, a la naturaleza misma de las deidades, pues aunque pudiera pensarse que el segundo, dedicado al calendario y a las fiestas, se vincula más bien con la realidad de los hombres, no se debe olvidar que los ritos que éste realiza para alcanzar las bondades y las gracias que provienen de las divinidades están profundamente vinculados con los mitos que explican la naturaleza y la historia de los dioses a los que se dedican.

Una segunda parte bien podría estar constituida por los libros cuarto y quinto, dedicados, uno, a la astrología judiciaria, y, otro, a los agüeros y pronósticos. En este caso, ambos se refieren a sendas formas de escudriñar el futuro de los hombres, sobre el cual actúan de manera continua y definitiva las deidades. Es el hombre que, interrogando el mundo sacralizado en el que habita, encuentra en el cielo y en señales terrenas signos que en algo pueden mitigar sus incertidumbres. En este caso, cabe aclarar que la información que Sahagún recogió no corresponde a aquello que, según el esquema original, debía ser tratado. En efecto, el libro dedicado a la astrología judiciaria, en este caso, no trata de la influencia de los astros sobre el destino de los hombres, sino de la explicación del calendario adivinatorio, cuyos fundamentos eran muy distintos de aquellos de los horóscopos europeos.

Los libros sexto y séptimo merecen ser tenidos como muy particulares, pues uno es el conjunto de piezas discursivas que el autor reunió y en las cuales está presente una gran cantidad de elementos retóricos que ponen en evidencia un uso del náhuatl, caracterizado por la elegancia y la sutileza. El libro séptimo, dedicado a la astrología natural, es particularmente interesante, pues no sólo incluye información acerca de la manera como el hombre prehispánico concebía el orden del universo, sino también informa al lector sobre el origen divino del sol y la luna, pues incluye el relato de la creación del quinto sol en Teotihuacan, además de una descripción detallada de los ritos vinculados con el fuego nuevo, esto es, con el fin y el inicio de los ciclos de 52 años. Ambos libros, que parecería rompen el esquema que estructura la obra, vienen a ser en buena medida un vínculo entre el mundo de los dioses y el de los hombres, pues el sexto reúne, entre los discursos que contiene, no pocas oraciones que ponen en evidencia la manera como los seres humanos se comunicaban, a través de la palabra, con los dioses; el séptimo, en cambio, nos describe la parte de la realidad que media entre el mundo de los dioses y el de los hombres, que no es otra que aquella donde están los cuerpos celestes.

Los libros octavo, noveno y décimo, que constituyen la siguiente parte o sección, nos presentan una imagen ordenada del mundo de los hombres. El primero de ellos corresponde a los gobernantes, el segundo a los mercaderes y oficiales y el tercero a los hombres del pueblo. Esta imagen es ciertamente elocuente, pues nos muestra una realidad social fuertemente estratificada en la cual había dos grupos importantes, los gobernantes y los gobernados, y otro intermedio que destacaba ya en el momento de la conquista. Este esquema

sigue siendo el que se adopta cuando se pretende explicar la realidad social de aquel mundo.

El siguiente libro, el undécimo, se refiere al mundo natural, aquel que sustenta la vida del hombre. Los animales, las plantas y los minerales encuentran allí su sitio según el orden que el autor siguió en su obra. En cada una de las partes de este libro el lector encontrará un orden similar. Los animales que son tratados primero son aquellos que se reconocen como superiores, y los últimos son los tenidos como inferiores. Algo similar ocurre con la manera en que son abordados las plantas y los minerales.

El orden hasta aquí seguido debe entenderse como aquel que Sahagún estableció para explicar la realidad como un todo. Ello no implica por fuerza que el orden del universo, según lo pensaba el hombre prehispánico, fuera similar. Si tal es cierto, se trataría sólo de una coincidencia.

El libro duodécimo trata de la conquista. Es un texto particularmente importante pues reúne los testimonios indígenas, primordialmente tlatelolcas, en torno a este acontecimiento trascendente y violento. Constituye una pieza única por su contenido, pues todas las historias de la conquista que conocemos fueron escritas desde la perspectiva española, la de los vencedores. Es este sentido, el libro doce ofrece al estudioso una serie de elementos ausentes en las otras crónicas de la conquista. Es en verdad la historia vista desde el particular e interesantísimo punto de vista de los vencidos.

La *Historia general de las cosas de Nueva España* constituye una verdadera enciclopedia del mundo prehispánico. Contiene tanto lo que en aquella época era designado como historia moral, esto es, la que compete a los seres humanos, sus creencias, valores y organización social, como aquella otra llamada historia natural, que correspondía a la descripción del entorno natural de la sociedad descrita en la historia moral. La historia del acontecer humano, aquella que recibe entre nosotros el simple apelativo de historia, se reduce a algunas partes de la obra y sobre todo al libro doce, con lo cual puede ser considerada como presente en el contenido de la obra de Sahagún.

Quien lee con detenimiento la *Historia* en su totalidad se percata de que la información en ella contenida es desigual en los distintos temas que trata. Aquí debe verse, antes que un asomo de negligencia del autor, la naturaleza y la cantidad de información que logró, a través de mil esfuerzos, recoger de boca de los indígenas.

Sahagún vivió una época en la cual el mundo indígena, antes que ser percibido en plena transformación, dada la conquista y el proceso de evangelización, era visto como una realidad a punto de

fenecer. La enorme mortandad provocada por las epidemias hacía temer al franciscano el fin de ese mundo que desde poco después de la conquista sus hermanos de Orden habían pretendido cambiar implantando la fe de Cristo. En este sentido, la obra tiene toda la intención de rescatar para el futuro al menos el recuerdo de la cultura de aquellos hombres.

Sahagún puede ser percibido a lo largo de la obra, sobre todo en algunos de sus libros, empeñado en dar cuenta de la riqueza de la lengua de los nahuas:

Cuando esta obra se comenzó, comenzóse a decir de los que lo supieron que se hacía un calepino, y aún hasta agora no cesan muchos de me preguntar que en qué términos anda el calepino. Ciertamente fuera harto provechoso hacer una obra tan útil para los que quieren deprender esta lengua mexicana, como Ambrosio Calepino la hizo para los que quieren deprender la lengua latina y la significación de sus vocablos; pero ciertamente no ha habido oportunidad, porque Calepino sacó los vocablos y las significaciones dellos y sus equivocaciones y metáforas de la lección de los poetas y oradores y de los otros autores de la lengua latina, autorizando todo lo que dice con los dichos autores, el cual fundamento me ha faltado a mí por no haber letras ni escriptura entre esta gente. Y así me fue imposible hacer calepino; pero eché los fundamentos para quien quisiese con facilidad le pueda hacer, porque por mi industria se han escripto doce libros de lenguaje propio y natural desta lengua mexicana.⁹

Los fines de la obra de fray Bernardino de Sahagún eran ambiciosos sin duda alguna. Servir a sus hermanos de Orden para mejor evangelizar, rescatar la mayor cantidad de conocimientos respecto de un mundo amenazado con su término, sentar las bases para la elaboración de un calepino, para servicio de quienes quisiesen aprender la lengua. No todos estos fines fueron alcanzados, al menos en lo inmediato. Sin embargo, los hombres de fines del siglo XX debemos a Sahagún, además de una obra capital para el conocimiento del pasado indígena, el ejemplo incuestionable que significa acercarse a una cultura distinta de la propia con ánimo de comprenderla. En este sentido, la obra sahanguntina es el feliz resultado de un juego de alteridades a través del cual se accede a la comprensión del otro.

⁹ *HG*, Prólogo, v. I, p. 36.

